UNO
LA VISTA DESDE LA VENTANA

El jefe de obra indonesio, con su turbante de ikat bajo el casco, hace sonar el silbato para que la maraña de obreros despeje el camino. Los hombres se quedan mirando, expectantes, más allá de la mole de hormigón, perdidos en el paisaje plano y monótono que se extiende pasado el aeropuerto de Abu Dabi, en lo que algún día será el corazón de una nueva ciudad que alojará y dará empleo a más de cien mil personas. Pasan unos minutos hasta que aparece ante ellos, deslizándose en silencio, una elegante burbuja plateada. Los ojos rasgados de los faros y el rictus sonriente de una rejilla de radiador lo asemejan a alguna especie extraterrestre ligeramente siniestra. Se aproxima con las luces encendidas y desaparece sin hacer ruido; su puerta abierta muestra brevemente el interior fantasmal de un vehículo con espacio suficiente para transportar a cuatro personas, pero sin conductor ni cuadro de control. Lo conduce su inteligencia digital, guiada por sensores enterrados en el suelo de hormigón y por el recuento de las revoluciones de las ruedas, que permite a sus ordenadores saber dónde está. Un técnico vigila su funcionamiento desde un ordenador portátil. Este es el medio de transporte que se está desarrollando para dar servicio al nuevo asentamiento ideado por Norman Foster. Siete metros más arriba habrá, según el proyecto, una red de calles peatonales provistas de la clásica fantasía arquitectónica de cafés con sombrillas, tiendas y apartamentos. Aquí abajo, en las catacumbas, se moverá una flota de burbujas plateadas, descendientes directas del prototipo que acaba de deslizarse. No necesitarán raíles ni conductores, y desterrarán por completo los atascos de tráfico y los aparcamientos.

Arriba, las grúas se extienden sobre las casetas de obra equipadas con aire acondicionado. Seis mil obreros llegan cada día en autobús. En el solar principal, las estructuras de hormigón se elevan ocho o diez pisos por encima de algunos edificios. Están agrupadas de tal modo que crean pasos en sombra lo suficientemente estrechos para generar corrientes de aire, como en una ciudad amurallada tradicional. Esto es Masdar, que en árabe significa "fuente". Los obreros se trasladaron al solar tres meses después de que Foster ganara el concurso para el planeamiento. Se refieren a ella como "ciudad", pero puede que sea una manera demasiado optimista de nombrarla. Masdar forma parte del cordón de asentamientos que está brotando entre Abu Dabi y Dubai. Lo que lo hace diferente de lo que lo rodea –el complejo del aeropuerto que aloja a las tripulaciones, justo al lado, el campo de golf o el circuito de Fórmula Uno– es que está concebido como un laboratorio experimental para un mundo que empieza a tener miedo de volverse inhabitable. La primera fase incluirá la sede del Instituto de Ciencia y Tecnología de Masdar, un centro de investigación dedicado a las energías renovables vinculado al Imperial College de Londres, al MIT y a la New York University. Lo construye la misma miscelánea de trabajadores inmigrantes procedentes de toda Asia que ha llegado al Golfo en la última década para levantar las relucientes torres de Dubai, las islas artificiales, las pistas de esquí cubiertas con nieve real: la expresión más extrema de la arquitectura de la exuberancia irracional que se evaporó el día en que, finalmente, se agotó el crédito. Este es un lugar en el que se quema petróleo para desalinizar el agua con el que se riegan el césped y los árboles que bordean las autopistas, un proceso que está acabando con los manglares del estrecho de Ormuz que mantienen vivo el Golfo.

Masdar proclama que será distinto. Aspira a que su huella de carbono sea neutra reciclando todos sus residuos. Incluso durante el proceso de construcción, las pilas de desechos están cuidadosamente ordenadas alrededor del recinto, en cercados diferenciados mediante un código de color. La mayor parte del acero

empleado para las barras de las armaduras y las estructuras procede del reciclado. Ya está operativa una central eléctrica fotovoltaica de diez megavatios. Más adelante, habrá extensas granjas solares y plantaciones experimentales para intentar extraer energía de las algas. Se pretende que no haya coches en toda la zona. Las calles en sombra están pensadas para que los ciudadanos se animen a caminar, una ambición considerable teniendo en cuenta el clima del Golfo, donde la temperatura llega a alcanzar unos brutales cincuenta grados en agosto.

Masdar, con su optimismo y su búsqueda de soluciones, es un eco de la primera ciudad del futuro que exploró la imaginación preadolescente de Norman Foster durante su infancia, en Manchester. Mucho antes de conocer a Buckminster Fuller, no se perdía una entrega de *Dan Dare: Pilot of the Future*. En aquel cómic, que publicaba cada semana el *Eagle*, una revista ilustrada dirigida a los adolescentes británicos de la década de 1950, Foster hallaba intrincadas descripcions de un mundo de monorraíles impulsados por energía atómica y taxis flotantes. Desde entonces ha estado pensando en ciudades.

> Cuando has tenido la suerte de participar en tantos proyectos extraordinarios, con el paso del tiempo descubres que la cuestión de la sostenibilidad está relacionada con la densidad. Si has disfrutado del lujo de haber vivido lo suficiente para comprender eso, descubres que crear ciudades depende mucho menos de los edificios individuales que de una visión más general. Me recuerda la tesis que escribí sobre los espacios urbanos. No es nada nuevo: se remonta a mis vagabundeos por las calles de Manchester.

La vista desde el dormitorio principal del número 4 de Crescent Grove, en Levenshulme, un barrio deslucido en el extremo sur de un Manchester arrollado por la marea del desarrollo victoriano, ha cambiado poco desde el día, hace más de medio siglo, en que Norman Foster, a los veintiún años, tomó un pincel y unas

témperas para pintarla. Crescent Grove (un nombre que en inglés hace referencia a una arboleda en forma de media luna) ni es una arboleda ni tiene forma de media luna: es una calle corta y sencilla de solo cinco casas adosadas, entre las vías del tren que une Londres con Manchester y la carretera que conduce al sur. Parece construida más bien por casualidad, y no dentro de un plan concebido racionalmente. Alguna pequeña fábrica, algún taller y unos pocos jardines aparecen diseminados sin orden entre las hileras de casas adosadas que enmarcan Crescent Grove.

El que fuera una vez el hogar de Foster está al final de una de estas hileras. Tiene el hastial quebrado en un ángulo extraño, y a un lado se ha añadido una extensión trasera provisional. La puerta principal está colocada dentro de un arco, en un intento de floritura arquitectónica. Como a sus vecinas, el mirador y el jardín frontal le sirven para distinguirse de las viviendas, ligeramente más humildes, de las calles circundantes. Las tejas de arcilla moldeada de los aleros le otorgan un ligero aire gótico, aunque no del que hubiera alegrado el corazón de John Ruskin. En la parte de atrás de la casa, un modesto patio vallado albergaba en su día una carbonera y un pequeño excusado exterior. Más allá está el callejón que exigían las regulaciones sanitarias del siglo XIX; se suponía que debía ser la ruta que siguiera el basurero que acudía cada semana a recoger los desperdicios, pero, en realidad, se utilizaba universalmente como acceso a la vivienda, directamente a través de la cocina. La puerta principal servía solo para ocasiones especiales: funerales, Navidad y las visitas del médico. Más allá del callejón están las vías, elevadas sobre un terraplén. Cuando Foster se sentaba a dibujar en la mesa de su cuartito, le quedaban a la altura de los ojos.

La casa sigue siendo lo suficientemente frágil como para temblar cada vez que pasa un tren. En la década de 1950 eran las locomotoras de vapor de la compañía estatal British Railways, negras de hollín, las que la sacudían, arrastrando los vagones de pasajeros a su paso por Crescent Grove, escupiendo humo, fuego y ceniza. Ahora no se ve nada tan primario, solo los cables de la

línea eléctrica y la piel plateada del Pendolino, el tren radial de Virgin, que pasa como una explosión cuatro veces por hora.

Crescent Grove se encuentra, no cabe duda, en el lado malo de las vías. Solo con descender y atravesar el terraplén del ferrocarril, perforado por un pasadizo construido hace siglo y medio por los ingenieros de la London & North Western Railway, con un ladrillo morado de una calidad infinitamente superior a cualquier material en el que invirtieran jamás los tacaños constructores de Levenshulme, te encuentras en otro tipo de barrio, un tanto más refinado que el resto de Levenshulme.

Cuando le cuento a Foster que he ido a ver la casa en la que vivió, alcanza el lápiz con la mano izquierda y, sin detenerse, reproduce con exactitud en su cuaderno lo que acabo de ver. Más de veinte años después de visitarlo por última vez, traza con destreza un arco ennegrecido excavado bajo las vías, como una ratonera. Cinco bolardos desordenados, de diversos tamaños y formas, impiden el paso de vehículos. Espontáneamente, garabatea una frase que a mí también se me había ocurrido: "Las vías que separan un mundo de otro".

En el dibujo de Foster se atisban las viviendas con entramado de madera de principios del siglo XX que vi al otro lado del arco. Son relativamente sólidas y se asientan en calles amplias, bordeadas de árboles; sin embargo, resultan un poco venidas a menos. Al otro lado de Crescent Grove está Stockport Road, la carretera general que sale del sur de Manchester y atraviesa Longsight hasta Levenshulme. Es una sucesión continua de bancos eduardianos, *pubs* y puestos comerciales que también han visto días mejores. Más allá hay mezquitas y centros sociales paquistaníes.

En el espacio entre las casas de perfil retranqueado de Prince Albert Avenue, donde vivió la abuela de Foster, y el Crescent, que queda detrás, ha aparecido una madrasa. El restaurante turco Topkapi ofrece a sus clientes una terraza con pipas de agua, y el antiguo cine Palace de Farm Place es hoy el salón de banquetes Al Waasi, cuyo bufé libre cuesta cinco libras por persona. Cuando

Foster era estudiante, su madre le consiguió un empleo en la panadería Robinson's, justo al lado.

En Levenshulme, en 2007, un predicador chiíta, que fue posteriormente condenado por maltrato infantil, obligó a flagelarse a dos chicos de trece y quince años con un látigo ritual de cinco colas. Por aquellos días, el rey Abdulá bin Abdul Aziz Al Saud, custodio de los dos lugares más sagrados del islam, invitaba a Foster a estudiar la reestructuración de los accesos a La Meca.

Levenshulme es un lugar construido en su mayor parte en áspero ladrillo rojo, con algún banco de refinado estilo neogeorgiano rematado en azulejo esmaltado y crema. Uno de estos especímenes, antes sede del Martins Bank y hoy de Barclays, se levanta frente a Farmer's Inn, a la vuelta de la esquina de Crescent Grove.

Las hileras de adosados de los dos márgenes de Crescent Grove han sido achaflanadas para lograr que parezca un lugar con algún atractivo para vivir, y no un subproducto esencial pero un poco deplorable de la Revolución Industrial. Foster describe el proceso que ha transformado Levenshulme desde la época en que él vivía allí como de aburguesamiento, pero esa no acaba de ser la expresión adecuada. Aquí aún quedan personas que ya vivían en la zona cuando Foster era niño. Conviven con algún estudiante de arte o algún músico folk y sobre todo con una vigorosa comunidad de inmigrantes paquistaníes y su descendencia. Todos disfrutan de la instalación eléctrica y los cuartos de baño que durante la infancia de Foster se consideraban un lujo, pero sigue sin ser un sitio deseable para vivir. Unas pocas calles de la zona muestran algún atisbo aislado de ambición arquitectónica. Algunas casas tienen un arco redondo de entrada, rematado con azulejos de arcilla. Otras exhiben una o dos dovelas de piedra y se ven cumbreras decoradas. Pero los materiales son tan baratos que la superficie desconchada de los ladrillos de arcilla que predominan en Levenshulme parece haberse ido quedando en carne viva, como atacada por alguna enfermedad dermatológica particularmente agresiva.

Las puertas de entrada y los marcos de las ventanas originales se pudrieron hace mucho, y han sido sustituidos por tableros con-

trachapados y aluminio. En las esquinas, como si sujetaran las cintas de colores de un palo de mayo anoréxico, se levantan los postes de telégrafo que extienden los cables aéreos de las líneas telefónicas. El Crescent Grove de hoy, constreñido por las vías del tren, con el solar de la promotora McCosken justo al oeste de la antigua casa de Foster y el patio de una chatarrería, sigue siendo el producto inconfundible de la Inglaterra de provincias de la juventud del arquitecto. Forma parte de un país de calles adoquinadas con granito, de tranvías y trolebuses conducidos por chóferes con americana de sarga y visera de celofán, de torres de refrigeración de hormigón, canales y chimeneas fabriles, de *smog* y salas de baile.

Cuando Foster aún era un adolescente pálido, este era ya un mundo eclipsado por las señales de una modernidad agresiva. Para él, los límites de Manchester quedaban definidos por sus incursiones en bicicleta a Derbyshire y Cheshire. Pedaleaba hasta el Lake District y volvía: más de doscientos kilómetros en un solo día. Llegó hasta Jodrell Bank, en el sur, para ver el radiotelescopio dirigible Lovell cuando se presentó, en 1957. En el contexto británico, se trataba de una visión del futuro tan asombrosa como lo fue para Estados Unidos la plataforma de lanzamiento de Cabo Cañaveral.

En 1955, sentado en su dormitorio, Foster trabajaba en una serie de dibujos para el proyecto que debía darle el empujón definitivo para salir de Levenshulme. Era un requisito necesario para solicitar una de las plazas para adultos en la especialidad de arquitectura de Manchester University. Sus dibujos se inspiraban tanto en los paisajes industriales de L. S. Lowry como en los diagramas en sección de portaviones y bombarderos Vulcan que llenaban los fotograbados esmaltados de las páginas centrales del *Eagle*.

Medio siglo después, Foster tiene uno de los cuadros de Lowry colgado en la pared. Es un regalo de su esposa, Elena. Muestra un paisaje bastante parecido al que Foster veía desde su ventana: el implacable Manchester industrial de la década de 1930. Hasta el

día en que se jubiló como cajero mayor de la compañía Pall Mall Property, Lowry recorrió esas calles cobrando alquileres.

El *Eagle* era la lectura semanal obligada de los hijos adolescentes de las familias con aspiraciones en los años cincuenta. La fundó Marcus Morris, un pastor metodista de Lancashire, preocupado por el efecto corruptor que podían tener sobre la moral juvenil lo que a él le parecían turbios cómics importados de Estados Unidos, o la anarquía doméstica que cultivaba el *Beano*. El *Eagle* tenía una fuerte orientación religiosa, que demostraba publicando una historieta en capítulos donde se narraba la vida de Jesús. Pero, lejos de convertirse en un muro de contención frente a la permisiva sociedad que empezaba a perfilarse en la década de 1960, el *Eagle* provocó la consecuencia inesperada y totalmente involuntaria de criar a toda una generación de arquitectos *high tech*. Fue así, sin duda, en el caso de Foster: el *Eagle* le sirvió a la vez para escapar de su aislamiento de hijo único y como introducción a la arquitectura contemporánea.

En la portada de cada número aparecían la inconfundible mandíbula y las cejas imposibles de Dan Dare. Sobre un fondo de monorraíles que surcaban el Támesis y puertos espaciales que reproducían fielmente el urbanismo de la última etapa de Frank Lloyd Wright, el héroe de la historieta de ciencia ficción de Frank Hampson, armado apenas con sus agallas y un traje espacial, se embarcaba en una batalla semanal contra el malvado Mekon y sus seguidores de piel verde, los Treen. El desplegable central del *Eagle* se dedicaba siempre a reproducir un intrincado diagrama seccionado que mostraba las complejidades internas de sucesivas conquistas de la ingeniería. En 1951, la revista publicó una vista explosionada de la cúpula del Descubrimiento, construida para el Festival of Britain y diseñada por el "joven arquitecto británico" Ralph Tubbs. Fue lo más cerca que llegó a estar Foster del festival: cuando llegó a Londres ya había sido demolido. Este festival, punto de encuentro de la generación de arquitectos y diseñadores que trabajaron en sus diversos pabellones, fue la primera ocasión que tuvo la arquitectura contemporánea de llegar al público general en Gran Bre-

taña. En un número posterior, el *Eagle* mostraba otro edificio británico clave de la década de 1950, el diseño de la catedral de Coventry de Basil Spence, describiéndola como "la catedral de la era espacial".

Para un joven impresionable, el *Eagle* era una propaganda enormemente eficaz no solo de la arquitectura moderna, sino también de la tecnología. Aparecían imágenes de naves propulsadas mediante energía nuclear y coches con turbinas de gas que, según las predicciones de la revista, serían los medios de transporte individual del futuro inmediato. Tal y como los representaban los ilustradores del *Eagle*, estos vehículos mostraban un estrecho parecido con el coche Dymaxion de Buckminster Fuller, con su forma de lágrima y sus tres ruedas invisibles. Las ciudades del futuro iban a parecer colecciones de vainas modulares. En un número salía una perspectiva seccionada de una base antártica estadounidense comunicada mediante una serie de módulos semienterrados en nieve y hielo. El dibujo no hubiera resultado fuera de lugar en las páginas de una revista de arquitectura de vanguardia diez años después.

Foster estaba, y sigue estando, hechizado por esas imágenes. Tanto por el aspecto de los dibujos, que a sus ojos eran obras de arte en sí mismos, como por lo que tenían de ventana al mundo del diseño. Si se estudian esas imágenes cuidadosamente elaboradas que seccionaban las capas de fuselaje para mostrar la estructura geodésica interna de un bombardero Wellington, con una robustez diseñada para resistir un impacto directo en el aire, o que desnudaban las técnicas de construcción con las que se levantó el puente de Forth Railway, es fácil entender por qué encendieron en las mentes de los jóvenes James Dyson o Norman Foster la chispa de la curiosidad sobre cómo funcionaba el mundo.

Años después, Foster localizó a John Batchelor, el ilustrador responsable de algunos de los últimos diagramas tridimensionales, y le encargó un dibujo que mostrase los mástiles de acero de color amarillo intenso que había diseñado para sostener el tejado del Renault Distribution Centre que construyó en las afueras de

Swindon. Pero, pese a su encanto, aquellos dibujos no parecían tener la misma autoridad que la sección transversal de un crucero, que Le Corbusier citó como precedente de su bloque de apartamentos en Marsella, la *Unité d'Habitation*. Como fuente de inspiración, una cosa es la cultura popular anónima y otra, completamente distinta, el tipo de imaginería que nunca ha llegado a trascender del todo los gustos de los varones adolescentes. Frank Lloyd Wright admitía que de niño había jugado con los bloques de construcciones Froebel, y reconoció la influencia que habían tenido en su arquitectura. Con su transfiguración de las convenciones del cómic estadounidense, Roy Lichtenstein cambió el rumbo del arte contemporáneo en la década de 1960. Pero pocos arquitectos tienen la inocencia de admitir, como lo hace Foster, que lo que les abrió los ojos al mundo moderno fue la variante más ingenua de la ciencia ficción.

El número 4 de Crescent Grove fue la casa a la que se trasladó la familia de Norman Robert Foster, hijo único de Robert y Lillian Foster, poco después de su nacimiento el 1 de junio de 1935 en Reddish, cerca de Stockport. Los padres de Foster se habían casado dos años antes, en 1933, en la iglesia de St Luke de Levenshulme. El apellido de soltera de su madre era Smith. Ella tenía veintisiete años cuando se casó, y el padre de Foster treinta y tres.

Foster no se acuerda de Reddish, pero cuando en el verano de 1999 fue presentado como miembro vitalicio de la Cámara de los Lores por lord Weidenfeld y lord Sainsbury, tomando el título de Baron Foster of Thames Bank, en el Hansard (la transcripción impresa de los debates de la Cámara) se le describió como "de Reddish, en el condado de Greater Manchester". El emblema que Foster adoptó después muestra en el centro de su escudo una torre geométrica escalonada, la abstracción heráldica de la estructura del puente del Milenio, flanqueada por un par de garzas.

Los padres de Foster pagaban catorce chelines semanales por el alquiler de la diminuta casa de Crescent Grove. Sus abuelos paternos, su tío y sus dos tías, así como sus primos, vivían en el

entorno. La familia de su madre era de Ardwick, que se consideraba un grado inferior a Levenshulme dentro de la jerarquía cuidadosamente ajustada del duro interior urbano de Manchester. Pese al tono residencial y con pretensiones de su nombre, en la época en que Foster vivió allí, Crescent Grove era el tipo de sitio en el que las escaleras se fregaban a diario y los cobradores de facturas, al estilo de L. S. Lowry, aparecían una vez a la semana. Su madre le cambiaba la ropa vieja al chamarilero por un producto de limpieza conocido como piedra de burro, hecho de piedra pulverizada mezclada con arena y aglutinante. Lo usaba cada semana para blanquear la escalera de la entrada, un gesto que servía tanto a modo de despliegue de respetabilidad como de pulcritud y limpieza. Fregaba los escalones de rodillas hasta que quedaban relucientes, y el joven Foster se tenía que cuidar mucho no dejar huellas en ellos. Durante su primera infancia, para Foster bañarse significaba sumergirse una vez a la semana en un balde de zinc en la cocina.

El papel pintado de flores de la salita del número 4 estaba siempre húmedo. En la esquina había un gasómetro que había que alimentar constantemente con chelines para mantener encendida la lumbre en la cocina; en el salón, sin otra fuente de calor que la chimenea, junto a una mancha de humedad había una radiogramola con la que captaban la señal del Light Programme de la BBC, y también de Radio Hilversum y Radio Luxemburgo. Foster se encargaba de separar la radiogramola de la pared cuando dejaba de funcionar y de enroscar una bombilla que se aflojaba, exponiéndose a sufrir alguna descarga eléctrica.

En casa de los Foster no había teléfono; el más cercano estaba en una cabina de hierro colado al lado de la iglesia metodista de Stockport Road, a cinco minutos andando. No había libros, aparte de los de texto y, quitando el *Manchester Evening News* y el ejemplar semanal del *Eagle* de Foster, tampoco muchos periódicos ni revistas. En el barrio casi todo el mundo dejaba el colegio en cuanto podía, que en esa época era a los catorce años. Cuando por fin fue a la universidad, Foster tuvo que enfrentarse

con algunos vecinos que lo veían como una especie de vago, exprimiendo a sus padres a los veintitantos años.

> Los vecinos de al lado tenían un hijo, Sam Bradley, que un día salió detrás de mí, me paró y me dijo: 'Mira mis manos, son muy distintas a las tuyas. Yo trabajo y tú no. ¿Por qué no te buscas un trabajo como Dios manda?'.
>
> Otros chicos de la zona me habían acosado con más agresividad, pero Sam no me tocó. Era sencillamente incapaz de entender qué hacía yo en la universidad.

Foster no recuerda a su familia especialmente unida, pese a que sus abuelos, tíos y primos vivían a solo algunas manzanas de distancia de su muy bien fregada escalera de entrada. Entre los Foster existían rencillas y rencores. Había asuntos familiares de los que no se hablaba. Al marido de su tía Nettie, por ejemplo, apenas se le mencionaba. "Creo que pudo haber desertado en la Segunda Guerra Mundial, pero jamás se dijo claramente", dice Foster. También tiene la impresión de que nunca llegó a conocer del todo a su madre. "Siempre sentí curiosidad hacia ella. Estoy casi seguro de que la adoptaron cuando era bebé. Su apellido era Smith, pero el hombre al que yo conocía como su hermano se apellidaba Beckett. Era muy hermosa, con cierto aire mediterráneo".

La abuela Rosa Foster tenía su casa a un paseo corto de distancia, en Prince Albert Avenue, y el abuelo William y ella la compartían con el tío de Foster. Una de las hermanas de su padre, Kate, vivía en la misma calle, unas cuantas puertas más abajo. Los faroleros llamaban cada mañana a su puerta para despertarla cuando encendían las farolas de gas de la calle. Kate tenía una hija, Edna. La otra hermana de su padre, Ethel, vivía al final de Stockport Road. Cuando murieron los padres de Foster, su tía Ethel le escribió pidiéndole ayuda. Iban a demoler su casa dentro de un programa de regeneración urbana. ¿Podía Norman ayudarla a encontrar un modo de quedarse en el barrio? Él actuó

rápidamente y le compró la casa contigua a la que había sido la vivienda de sus padres, en el número 6 de Crescent Grove.

En sus recuerdos, la casa de sus abuelos siempre estaba a oscuras. Incluso después de la guerra, seguía iluminada con luz de gas. Los dos ancianos se sentaban en penumbra a ambos lados de la chimenea, en dos sillones gemelos. A los ojos de Foster, su abuela no trataba bien a su madre. Cuando una Navidad, después de acabada la guerra, llevaron de urgencia al hospital al padre de Foster, gravemente enfermo, Lillian tuvo que arreglárselas sola. Con toda intención, su cuñada llevó a los primos de Foster a ver a Papa Noel a unos grandes almacenes y a él lo dejó en casa.

En realidad, la vida no siempre era tan gris. Pasaban las vacaciones en familia, a veces en el norte de Gales, a veces en Blackpool, con sus tíos y tías y sus primos. Un verano fueron todos a Norbreck, en las afueras de Blackpool, y se alojaron en un *bed and breakfast.* Foster recuerda que le preguntó a su madre por las dos franjas oscuras que tenía la camisa que llevaba su tío a la hora del desayuno. Ella le dijo que "cuando hace la colada le da la vuelta a la camisa, y el agua deja esa marca". Foster recuerda que en el Levenshulme de su infancia poca gente podía permitirse más que unas pocas prendas de vestir. "Dormían con las que tenían". Es un recuerdo significativo, dada la estrecha relación entre la higiene y los impulsos misioneros de la arquitectura moderna. Foster había descubierto a Le Corbusier en la biblioteca pública de Levenshulme. Es fácil imaginar el efecto que tuvo sobre el escrupuloso muchacho de Crescent Grove, después de aquella estancia en Blackpool y de ver la camisa de su tío, la mesiánica descripción de una vida higiénica que aparece en *Vers une architecture*:

> Exija un cuarto de baño orientado al sur. En una de las estancias más amplias de la casa, por ejemplo el antiguo salón de visitas. Con una de las paredes completamente acristalada, que se abra si es posible a un balcón en el

> que tomar el sol, y las instalaciones más modernas, con una ducha y aparatos de gimnasia. En una habitación adyacente estará el vestidor, donde podrá vestirse y desvestirse. Nunca se desvista en el dormitorio. No es higiénico y deja la habitación horriblemente desordenada. Enseñe a sus hijos que una casa solo es habitable cuando está llena de aire y luz y los suelos y las paredes se hallan despejados.

Aunque Foster se sintiera aislado por ser hijo único, recuerda Levenshulme como una comunidad estrechamente unida. Allí se sabía todo lo que había que saber acerca de los vecinos. Stockport Road ofrecía el consuelo de la vida relativamente próspera de la clase trabajadora del norte. Se cenaba pescado aderezado con sal y vinagre, envuelto en periódicos y acompañado con guisantes tiernos, comprado en la tienda de *fish and chips*; a los clientes habituales se les añadían algunos trocitos de rebozado gratis. Bajando la calle, en Longsight, estaban los billares donde Foster jugaba alguna partida con su padre. Después estaba el Robinson's Café de Levenshulme, donde su madre trabajó mucho después como camarera. La carnicería UCP (las iniciales corresponden a Universal Cow Products) vendía callos sobre un mostrador de mármol instalado en un interior con dorados de latón y detalles en caoba. Y en Poplar Villas, al volver la esquina desde la casa de los Foster, había una academia de bailes de salón.

La población de Levenshulme cubría un espectro que iba desde el pequeño empresario relativamente próspero hasta quienes, como el padre del amigo del colegio de Foster, Ronnie Deakin, solo habían podido encontrar un empleo precario después de la guerra. El padre de Deakin era basurero. "Mi madre era muy despectiva con él", recuerda Foster. Los Liptrott, que vivían al final de Crescent Grove, eran propietarios de un garaje. En su época de estudiante, Foster se llenaba de mugre en su foso de reconocimiento, trabajando allí como mecánico a tiempo parcial. Alan Liptrott escuchaba a Schubert cuando volvía a casa después del trabajo en el taller. Cruzando la calle, los Street tenían una empresa

de mudanzas con un patio adyacente a la casa. Al otro lado de Crescent Grove, en Poplar Villas, vivía la señora Flood, una notable acuarelista a pesar de que se pasaba el día en la cama y se sabía que padecía de los nervios.

Ciertamente, los padres de Foster no estaban bien situados. Después de la guerra, su padre trabajó como peón en la Metropolitan Vickers de Trafford Park para mantener a su familia. Trabajaba muchas horas, y para cruzar Manchester debía hacer transbordo en sucesivos autobuses. Pero cuando nació Norman su padre dirigía una casa de empeños en Eccles e iba a trabajar en una furgoneta Jowett desde la primera vivienda familiar en Reddish, una distinción que indica cierto grado de ambición empresarial aun cuando los exorbitantes tipos de interés que aplicaba no le granjearan el cariño de sus clientes. Ya jubilado, Robert Foster era un hombre elegante que vestía con estilo un traje de botonadura sencilla con corbata de nudo estrecho y llevaba los zapatos como un espejo. La madre de Foster era una mujer distinguida de rasgos delicados, y ambos hacían muy buena pareja.

Robert y Lillian se esforzaban constantemente por prosperar; pero, a medida que pasaba el tiempo, iban descendiendo en la escala social, en vez de ascenderla. Foster dice que su familia pertenecía a la clase trabajadora. En realidad, dentro de la infinita gradación de clases sociales en que se clasifican a sí mismos los británicos, los Foster ocupaban una posición algo más favorable. Pertenecían al territorio nebuloso en el que la clase trabajadora más favorecida empieza a diluirse en la clase media-baja. A pesar de que habían tenido menos suerte que algunos de sus vecinos, habían aceptado vivir su vida de acuerdo con una serie de expectativas determinadas por los demás. Trabajaban mucho, y ahorraban para que Foster pudiera estudiar y porque su sueño era montar un pequeño negocio. Esto podría haberles permitido ascender socialmente como había hecho parte de la familia: uno de los tíos de Foster regentaba una panadería y otro, Sid Beckett, una carnicería. Sid y su esposa, Bertha, vivían en una casa pareada en Chorlton-cum-Hardy, en medio de lo que a

ojos de los Foster era una opulencia inimaginable. Sid tenía un piano, que su hija tocaba con mucha delicadeza, y el primo de Foster, Lionel, asistía a regañadientes a clases de violín.

Foster recuerda que sus padres lo llevaron a ver una tiendecita que estaban pensando comprar, acompañados por un agente inmobiliario. Pero sus planes de montar negocio propio quedaron en nada. Cuando llegó a la adolescencia era intensamente consciente de sus ambiciones frustradas y de lo limitado de su horizonte. Eso fue lo que, más adelante, le condujo a escapar del mundo de Crescent Grove. Ellos habían fracasado, no habían conseguido hacer de sus vidas lo que querían. A él no le ocurriría lo mismo.

La biblioteca pública de Levenshulme en la que el joven Foster se refugiaba de la humedad de su salón, de los matones del colegio y de la claustrofobia de la casa familiar sigue existiendo. Hay que girar a la derecha al salir de Crescent Grove, de nuevo a la derecha por Stockport Road, seguir unos cien metros hacia el sur, pasar Farmers Arms, la United Reformed Church y la Union Inn, "Erigida en 1923", y torcer a la derecha por Cromwell Grove. Los hastiales de ladrillo rojo y las cerchas de madera del techo recuerdan a una casa solariega atrapada en esas calles inhóspitas del sur de Manchester que se pierden en el horizonte. Es una especie de oasis cívico, al lado de la escuela primaria de Chapel Street y enfrente de los primorosos baños públicos construidos, al igual que la oficina de correos de Levenshulme, al otro lado de Stockport Road, en un frío estilo neogeorgiano. Las puertas gemelas de entrada a los baños, elevadas sobre tramos escalonados, están coronadas con la inscripción en piedra de una sola palabra, brutalmente impersonal: "Hombres" a la izquierda y a la derecha, bajo unas discretas ventanas de guillotina, "Mujeres".

Si el joven Foster hubiera alzado la vista al entrar, hacia la guirnalda cerámica que remataba la puerta de la biblioteca, habría visto insertados en ella un juego de escuadras y un transportaángulos. Fue aquí, en un edificio financiado por el filántropo

victoriano Andrew Carnegie, donde Foster empezó a descubrir, en *Vers une architecture* de Le Corbusier, el significado de la arquitectura. A principios de 2008, las muchas horas que había invertido en la biblioteca de Levenshulme dieron fruto cuando Foster + Partners ganó un sonado concurso para reformar el histórico edificio principal de la New York Public Library en la Quinta Avenida. El mismo Andrew Carnegie, el fundador de la biblioteca pública en la que Foster pasó parte de su juventud, había creado también la fundación que financió la construcción y equipamiento de treinta y siete bibliotecas en Nueva York, con la esperanza de que aquellos que fueran pobres pero tuvieran talento y ambición pudieran compensar las desventajas de nacimiento de su entorno y su falta de acceso a la educación. Foster explicó a los estadounidenses, sin faltar ni un ápice a la verdad, que él mismo había sido el tipo de persona a la que se dirigían las bibliotecas neoyorquinas.

Hoy en día, la biblioteca de Levenshulme lucha por eliminar el olor a cerrado que emana de sus miles de libros con forro de plástico amarillento, desgastados por el roce de manos incontables. En su esfuerzo por modernizarse, la biblioteca parece resuelta a reducir sin descanso la ambición intelectual de los volúmenes que acoge en sus estanterías. En su última visita, a Foster le resultó triste y deprimente la ausencia de libros verdaderamente importantes.